

## AGENDA CIUDADANA

### UN GOBIERNO DESDIBUJADO Y UNA DEMOCRACIA SIN FRAGUAR Lorenzo Meyer

¿Las Contribuciones Serán Una o Dos?.- “El presidente Vicente Fox ganó su lugar en la historia mexicana desde antes de siquiera iniciar su gobierno; en este campo su mayor contribución será el haber sacado al PRI de ‘Los Pinos’” Con este argumento, los partidarios del actual presidente han salido en su defensa cuando, por un lado, las promesas de campaña no dieron señales de empezar a materializarse y, por otro, las críticas empezaron a menudear. Pues bien, si las cosas siguen como hasta ahora, existe la posibilidad de que Vicente Fox sea recordado en el futuro no sólo por haber desalojado al PRI de “Los Pinos” sino ¡por haber hecho lo necesario para que en el 2006 ese partido volviera al mismo lugar!. Desde luego que esto último es sólo una posibilidad y antes pueden pasar muchas cosas que lo impidan, pero de seguir las tendencias actuales, tiene más visos de realidad el retorno del PRI al poder que la alternativa: que Fox entregue la banda presidencial a un candidato triunfante del PAN o del PRD.

Por lo menos desde el final de la II Guerra Mundial se viene discutiendo el espinoso asunto que Karl Popper planteó en La sociedad abierta y sus enemigos (1945) y que se puede resumir así: ¿cual debe de ser la reacción de la democracia liberal, entre cuyos principios destacan la tolerancia y la libertad, frente a aquellas corrientes políticas que se aprovechan justamente de tales principios para trabajar en su contra? La tolerancia y la libertad absolutas, señaló Popper, pueden conducir a su propio fracaso al permitir el juego de sus enemigos, de ahí

que el filósofo austrobritánico propusiera tolerar sólo aquello y a aquellos que no busquen destruir la tolerancia. Con todas las salvedades que se quiera, hoy en México está sucediendo lo que temía Popper. En efecto, la pobreza de los resultados que está dando la democracia recién adquirida está llevando a que un partido probadamente antagónico a las prácticas democráticas –el PRI— sea la organización política que más éxito haya tenido en las urnas últimamente. Y es por ello que se ha abierto la desafortunada posibilidad de que el antiguo partido, piedra fundamental del régimen autoritario, retorne al poder, y con ello la recién nacida democracia mexicana, aún sin consolidar, sería puesta en manos de un enemigo natural.

La desilusión ciudadana – que hasta cierto punto es inevitable en cualquier cambio de gobierno-- está siendo acentuada por una serie de errores cometidos por el gobierno de Vicente Fox: el fracaso del arreglo con los rebeldes zapatistas, la fallida reforma fiscal, la ausencia de las reformas eléctrica y petrolera y, sobre todo, de la reforma del Estado, la persistencia de los altos índices delictivos y de la inseguridad, la sensación de que “no hay gobierno”, la tolerancia para con los corruptos del pasado, la disposición a negociar con quien hoy encarna la persistencia de las peores prácticas políticas de antaño: Roberto Madrazo. Y esa desilusión es uno de los nutrientes del resurgimiento del PRI; otros son la poca voluntad del PAN para salir de su mentalidad de “partido de los pocos pero selectos” y la incapacidad del PRD para superar sus evidentes divisiones internas y desorganización, lo que le dificulta construirse como alternativa real de gobierno.

Según las encuestas de intención de voto llevadas a cabo por Reforma entre el 16 y 18 de febrero, una mayoría relativa de los ciudadanos simplemente no apoya a ningún partido, pero el 28% se dice dispuesto a darle su voto al PRI, en tanto que al PAN sólo se lo daría el 25% (alguna vez llegó a tener el 50%) y al PRD únicamente el 16% de siempre (Reforma, 2 de marzo, 2002). Sería una ironía muy cruel si, al final de cuentas, la labor de Vicente Fox y, sobre todo, el enorme esfuerzo de esa parte de la sociedad mexicana que se decidió por superar su condición de súbditos para acceder a la de ciudadanos derrotando a la vieja coalición autoritaria de la postrevolución del siglo XX, concluyera regresándole el poder al PRI en condiciones mucho mejores de las que tenía en el año 2000. En efecto, si finalmente el partido creado por Plutarco Elías Calles lograra recuperar el poder por la vía del voto, habría lavado su rostro antidemocrático de 73 años y adquirido una nueva legitimidad a pesar de que, como lo demostró en sus elecciones del pasado 24 de febrero, sigue fiel a su naturaleza original: tramposo y, sobre todo, antidemocrático.

Si Roberto Madrazo lograra que su partido volviera a la presidencia en el marco de la sociedad abierta que estamos intentando ser, no hay ninguna garantía de que ese partido no se dedicase a tapiar la puerta por donde entró para que nadie le volviera a sacar de ahí. Y sí ese fuese el caso, resultaría que el segundo legado de Vicente Fox neutralizaría al primero.

En Compañía.- La desilusión con los resultados de la democracia mexicana encabezada por Fox y por el desconcertante –y desconcertado— equipo que lo acompaña en el gabinete, ha llevado a que la robusta popularidad inicial del presidente –80%, según la encuesta de Reforma -- se haya desplomado hasta

llegar a tener hoy apenas el respaldo del 47% del electorado, según la misma fuente, (3 de julio del 2000 y 1° de marzo, 2002).

Desde luego que el mal de muchos no debe ser consuelo para nosotros, pero el fenómeno que estamos experimentando en México —el de una caída dramática en la aceptación ciudadana de un gobierno y una clase política y bien intencionados pero torpes en el manejo del poder y en el cumplimiento de sus obligaciones— le está sucediendo también a otros, entre ellos al Perú. En efecto, en ese país del sur el presidente y economista Alejandro Toledo, como Vicente Fox en México, se lanzó con todo en contra de un gobierno autoritario y corrupto —el encabezado por Alberto Fujimori. Tras sortear múltiples obstáculos, finalmente en el 2000 se impuso a la maquinaria del fraude y su victoria fue finalmente reconocida por la ciudadanía peruana y por el resto del mundo. Sin embargo, a ocho meses de haber ascendido al poder y encabezar la restauración democrática, Toledo ha caído mucho más bajo que su contraparte mexicana en los sondeos de opinión. El tampoco pudo crear los empleos que prometió porque la economía no se comportó según lo previsto, su imagen ya es la de un presidente débil que tiene una mala relación con su partido --el “Perú Posible”--, enfrenta críticas veladas de las fuerzas armadas pero muy abiertas de los sindicatos; la actividad de los narcotraficantes crece y ya hay, incluso, un resurgimiento de la actividad guerrillera de “Sendero Luminoso” (Newsweek, 18 de marzo, 2002). Desde luego que ese problema de la desilusión democrática, o con la democracia, no se circunscribe a México y Perú; con variantes, la historia se repite en Venezuela, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Ecuador y, desde luego, en Argentina, Colombia o Haití. Y eso sólo por mantenernos dentro del

continente, pues el problema se repite en Rusia y en las antiguas repúblicas soviéticas, en Sudáfrica, etcétera.

Y pese a todo lo anterior, el panorama no es tan desolador porque si hay historias de éxito. Por ejemplo, Chile con todo y la impunidad de Pinochet, tiene razones para estar satisfecho, pues pese a las enormes diferencias sociales que aún prevalecen ahí, la democracia está arraigando. En Brasil, aunque rengueando, la democracia avanza y echa raíces, como también lo hace en Uruguay o Costa Rica. En fin, que si no estamos condenados al éxito tampoco lo estamos al fracaso.

Gestión y Legitimidad.- La fuente inicial de la legitimidad del régimen político que surgió de la Revolución Mexicana fue precisamente su victoria militar y política sobre el ejército profesional y la oligarquía del Porfiriato. Pasado un tiempo, ese tipo de legitimidad se fue agotando y debió ser sustituida, pero la nueva fuente del derecho a gobernar no provino de las urnas, como ordenaba la constitución, sino de las transformaciones en el sistema de propiedad de la tierra —la reforma agraria—, en la creación y apoyo de organizaciones sindicales y en acciones nacionalistas como la expropiación de la industria petrolera en 1938. Sin embargo, pasados el cardenismo y la situación extraordinaria creada por la II Guerra Mundial, los proyectos de nuevas reformas sociales se atemperaron o francamente se abandonaron. Fue entonces cuando la mera gestión de un Estado en expansión, se convirtió en la fuente a la que acudió la clase política postrevolucionaria para recargar, por cierto con éxito, sus baterías de legitimidad.

El centro del nuevo proyecto mexicano fue la modernización a través de una industrialización basada en la sustitución de importaciones dentro de un

mercado interno altamente protegido. Esa política económica tuvo un relativo éxito: en promedio el PIB creció entonces al 6% anual, la inflación se mantuvo bajo control, la construcción de infraestructura hizo que el gasto del gobierno fuera un elemento fundamental de la economía y, desde luego, los servicios de salud y la educación también se expandieron. La represión del 68 y sus secuelas trajeron consigo el rechazo al régimen de grupos importantes —la clase media urbana ilustrada— pero minoritarios. La gran base corporativa del sistema se mantuvo inmovible.

Pese a sus ineficiencias y a la existencia de evidentes zonas de corrupción, la gestión del gobierno en la segunda mitad del siglo XX fue aceptada por el grueso de la sociedad como necesaria y benéfica. En los inicios de los años setenta del siglo pasado, ese modelo económico postrevolucionario empezó a mostrar sus fallas estructurales. La inflación retornó en 1973 y la deuda externa se salió de control. Para 1976 hubo necesidad de una devaluación y de pedir ayuda a los organismos internacionales para no caer en la insolvencia. La crisis detuvo el crecimiento económico, núcleo imprescindible para mantener a buen nivel la legitimidad del arreglo político en su conjunto. Sin embargo, el descubrimiento de grandes y nuevos yacimientos petroleros y precios favorables del hidrocarburo a fines de los años setenta del siglo pasado, dio paso a un auge efímero pero en 1982 la crisis económica volvió a reaparecer y agravada. La erosión de la legitimidad se aceleró.

Con la promesa de revigorizar la gestión del gobierno y de reintroducir dinamismo a la economía, y tras una serie de maniobras internas brillantes, el ala tecnocrática del sistema desplazó a los políticos tradicionales. Había llegado el

tiempo de Carlos Salinas y la nueva propuesta: la privatización, la disminución del papel del Estado, el cambio de 180° en la relación con el mundo externo, en particular con Estados Unidos. Había llegado el momento del Tratado de Libre Comercio y del neoliberalismo, levemente cubierto con el velo del “liberalismo social”. Sin embargo, la nueva crisis económica que estalló a finales de 1994, puso de manifiesto que la gestión de la tecnocracia neoliberal no era tan buena como se había prometido y que eso, más otros factores netamente políticos – presencia de partidos de oposición con fuerza real, rebelión indígena, asesinato del candidato oficial a la presidencia y cosas similares--, desembocaron en la victoria de la oposición en el 2000.

El Meollo del Problema.- Vicente Fox inició su gestión respaldado por su flamante legitimidad democrática, pero también urgido de preservarla haciendo efectivo el compromiso de llevar a cabo una gestión de calidad notoriamente superior a la del régimen priísta. Como se recordará, el foxismo en su papel de oposición había prometido no sólo encabezar una administración honesta sino eficiente. La nueva clase política, se dijo, aplicaría en la gestión pública los supuestamente altos estándares de calidad en los que eran expertos: los del sector privado.

Ha pasado ya más de un año desde que Fox asumió el poder y el contraste entre lo prometido y lo logrado es negativo. Es urgente revitalizar la legitimidad democrática con una gestión claramente exitosa. De eso depende que las elecciones del 2003 y del 2006 no sean el Waterloo del nuevo régimen. Ojalá Vicente Fox tenga plena conciencia del reto histórico al que se enfrenta y cambie

**el estilo y el contenido de su política, pues de lo contrario el futuro puede ser un simple retorno al pasado.**